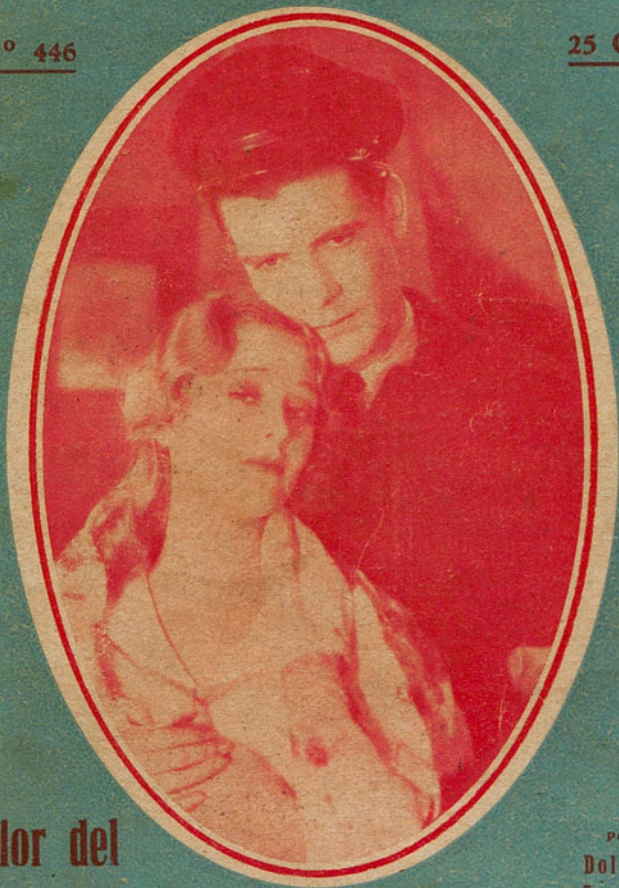


LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 446

25 CTS.



**Flor del
hampa**

POR
**Dolores
Costello**

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año VIII

BARCELONA

N.º 446

Flor del hampa

Sentimental asunto

Interpretado por

[Dolores Costello, Louise Dresser,

Grant Withers, etc.

Dirigido por Michael Curtiz



Producción "EXCELSA"

de la famosa marca

Warner Bros

Distribuida por

EXCLUSIVAS DIANA

Rosellón, 210

Barcelona

Con esta novela se regala la postal fotografía de
HERTHA VON WALTHER

Flor del hampa

Argumento de la película

Se celebraba el fin de curso en el colegio de Harbor Crest. Las alumnas iban a desparramarse como todos los años para no regresar hasta otoño. Se recitaron versos, trozos escogidos de prosa, y se cantó el himno a la Escuela, una canción llena de dulces añoranzas y de sentimentales recuerdos.

El coro del Colegio era acompañado al órgano por la alumna María Morton, una rubia y encantadora muchacha cuya madre asistía complacida al acto entre las demás espectadoras.

La directora de la escuela pronunció un discurso de despedida:

—Ha terminado el curso... Y como todos los años, nuestras queridas alumnas estarán ansiosas de volver a sus hogares, al calor de la familia... porque pese a nuestros cuidados, a nuestra solicitud, a nuestro celo, nada puede reme-

dar el ambiente de la vida casera... Y todos nuestros votos son para que estas vacaciones sean lo más felices para nuestras colegialas...

Un aplauso cerrado acogió estas palabras, y luego comenzó el desfile general... Y las muchachas despidiéndose con alborozo de sus profesoras, abandonaron el colegio, en compañía de sus respectivas familias.

Una sola alumna permaneció en su habitación, sin esperanza de poder salir del internado. Era María Morton. Su madre, una mujer espléndidamente otoñal, bella y elegante, le decía intentando consolarla:

—Lo siento, hija mía... Pero este verano tampoco puedo llevarte a casa conmigo...

—Mamá... Ya estoy cansada de vivir encerrada aquí... Quiero estar contigo.

—Has de esperar.

—Apenas si te veo, si te conozco, mamá... ¡Ni siquiera he estado una sola vez en mi propia casa! ¡Ah!, ¿por qué no he de tener yo un hogar como todas mis compañeras? ¡Ya soy mayorcita! ¡Y si no puedo gozar de la solitud de una madre, reclamo mi libertad! — continuó con vehemencia.

—¡Hija mía! — exclamó la dama, sorprendida ante el desplante de la colegiala.

—¡Perdóname, mamá! No sabía lo que me decía... ¿Verdad que me perdonas?

—Sí, María... Y el año que viene te prometo llevarte conmigo... y no separarme jamás de ti.

Y con aquella promesa que ya otros años había hecho sin cumplirla, la señora Georgia Morton se despidió de la colegiala.

Pasaron unos días de soledad y de descon-

suelo... Cierta mañana, María había bajado a la playa, y en traje de baño, tendida sobre la fina arena, gozaba de la dulzura del aire y del sol.

Acertaron a pasar por allí cerca dos hombres; uno de ellos de mediana edad, vestido de marinero; el otro, arrogante y joven, iba con traje y gorra de oficial.



—¡Perdóname, mamá!

—¡Atiza! ¡Esos bajos no estaban en el mapa! — dijo el primero señalando las hermosas piernas de la bella María.

—¡Pues, anda! ¡Esa es la muñequita de que te he estado hablando estos días!

—Parece encantadora... ¡Un buen bocado!

—Mira... Vamos a jugarnos a quién le toca

castigarla. Si sale cara, gano yo... y si sale cruz, pierdes tú.

—¡Anda, guasón! No me gusta ese juego.

Los dos se encaminaron hacia María, quien al verles cubrióse recatadamente el cuerpo con una sombrilla, dejando, sin embargo, libre a las miradas indiscretas, las torneadas y desnudas piernas.

—¡Vaya unas piernas raras! — exclamó el marinero, burlón.

—¡Cuidado como insultes a esta señorita! — dijo el que vestía de oficial.

—Pues no me negarás que sólo tiene una pierna derecha... porque la otra es la izquierda.

—¡Como vuelvas a hacer otro chiste al respecto de la señorita, te voy a dar un sopapo que vas a tener que buscar las muelas en bicicleta!

María, vuelta de espaldas, tenía miedo... Los dos hombres se alejaron discutiendo, hasta que de pronto, el oficial pegó un puñetazo a su compañero derribándole en tierra sin sentido.

—¡Para que te acuerdes y respetes a las mujeres! — le gritó.

Y luego, acercándose de nuevo a María, que había temblado ante aquella lucha, le dijo:

—Otra vez mi amigo sabrá tratar con más decencia a una señorita...

—¡Gracias, señor!

—¡Le digo a usted que anda por aquí una colección de desahogados!... Creo que lo mejor será que la acompañe a su casa...

María le miró y no le desagradó el aspecto de aquel simpático mozo, que, por defenderla, no había vacilado en pegarle a otro hombre. Le

agradó la energía de su rostro... Y, después de cubrirse con un albornoz, consintió en ser acompañada por la playa.

—¿Es usted oficial de marina? — le preguntó ella.

—¡Naturalmente! Del servicio de guardacostas... Pero, oiga, señorita, hoy habrá una luna estupenda... ¡Si usted quisiera pasear esta noche por la playa!

—¡Imposible!... No puedo salir de mi colegio de Harbor Crest.

—¡Qué lástima!... ¿Y cómo se llama usted, querida señorita?

—María.

—Bueno, María... Si no quiere usted pasear esta noche conmigo... quizás quiera usted escribirme... alguna vez, ¿no?

María sonrió, sin contestar...

—Le voy a escribir mi nombre y mi dirección en un papel... — agregó el joven —. Y de todos modos, por si cambia usted de idea... esta noche la esperaré en el muelle para enseñarle mi barco...

Escribió en lápiz sus señas y se las entregó... María, sintiendo en su alma la influencia de aquella mirada noble y varonil, se despidió de su nuevo amigo, pues estaban ya cerca del colegio.

—¿Vendrá esta noche? — insistió él.

—¡No!

Y haciéndole adiós, corrió febrilmente hacia el internado, como si tuviera miedo de su propia negativa.

Slim Shane, que tal era el nombre del muchacho, cantando alegremente por el encuentro

con aquella jovencita que llevaba algunos días sorbiéndole el seso, se encaminó hacia su barco. Por el camino topóse con su camarada y los dos hicieron de nuevo las paces.

Al llegar a su nave, uno de los marineros se



... esta noche la esperaré en el muelle...

lanzó sobre Slim y le dijo con violencia, intentando quitarle la americana:

—La próxima vez que vuelvas a escamotear este uniforme de pega, te voy a dar una paliza que no podrán llevarte al hospital en un solo viaje.

Slim corrió a ocultarse en su camarote, mientras unos tripulantes comentaban riendo:

—El uniforme le sirve para camelar a las muchachas... ¡Es un temible conquistador!

* * *

Durante toda la semana, Slim Shane esperó pacientemente a la bella colegiala de Harbor Crest.

Una noche, se hallaba en una lancha atracada al muelle, aguardando la inútil llegada de su enamorada.

Ya no vestía el uniforme de oficial, sino un traje sencillo de tripulante, como así le correspondía.

Una mujer apareció ante él. Era María, que había estado pensando en Slim toda la semana y que al fin se decidía a huir furtivamente del colegio para pasar un rato en compañía de aquel galán.

—¡Oh, María! — dijo él, emocionado, besándole la mano.

—Sólo vengo un momento... Me gusta tanto ver los barcos... ¿Está muy lejos su buque?

—No... en un momento nos plantamos allí...

La hizo sentar y, remando vigorosamente, llevó la lancha hacia el vapor, entrevisto apenas bajo la poca luz de unos faroles.

María temblaba.

—Si se enteraran de esto, me expulsarían del colegio.

—¡No tema usted!... ¡Regresará muy pronto!

Cinco minutos después, llegaban al barco, trepando por una escalera a cubierta y entrando seguidamente en un camarote sórdido, sucio, lleno de fardos en lamentable confusión.

María, que esperaba encontrarse en un barco

claro y resplandeciente como una patena, tuvo que mostrar su asombro.

—Yo creía que los barcos del gobierno eran más limpios... más confortables — dijo.

—Hay de todo... El nuestro es de los abandonados.

El joven bajó unas botellas de champaña. Bebieron unas copas. María estaba viviendo una aventura única en su existencia que le producía al propio tiempo miedo y placer... El la contemplaba con sincera emoción, pues ninguna, entre las numerosas mujeres que había tratado durante su azarosa vida, le causó una impresión tan profunda como esa colegiala inocente.

Habló con júbilo de hombre que ha navegado mucho, de sus viajes por el mundo.

—Y no hay un rincón del mundo en donde no haya estado... Hongkong, Singapore, Java... ¡Ah, por cierto que le voy a regalar un mantón que compré en Java!...

—¡Qué bonito! — exclamó ella envolviéndose en aquel lindo mantón de seda.

Slim cogió una guitarra y comenzó a cantar canciones desgarradoras de la marinería enamorada.

—¡Qué preciosa es usted, María! — exclamó él acariciándola —. Estoy enamorado de su belleza.

—¡Cómo me engaña!

—Nunca fuí tan sincero como ahora...

Y para demostrárselo, quiso darle un ardiente beso, pero en aquel momento sonaron varios disparos.

—¡Maldición! — murmuró Slim.

—¡Dios mío!... ¿Qué ocurre? — preguntó

ella, horrorizada y estrechándose contra Slim, al mismo tiempo que volvían a sonar nuevas detonaciones y se escuchaba un griterío inmenso sobre cubierta.

—¡No se asuste, nena!... ¡No le pasará nada! Permanezca aquí hasta que yo regrese.

Y salió con precipitación del camarote...



—¡Qué preciosa es usted, María!

María temblaba... Sus labios rezaban una oración a Dios para que la sacase de aquel terrible peligro... Sonaban nuevos disparos... Había estallado seguramente un motín, alguna revolución a bordo...

¡Ah, si la encontraban allí, estaba perdida para siempre! Iba a morir su reputación, y el escándalo sería formidable.

Viendo una ventanita abierta se asomó a ella. Daba a una parte de cubierta que aparecía abandonada. Al parecer la lucha estaba por estribor.

No vaciló. Se trataba de su honra... Saltó a cubierta. Asomándose a la borda, vió la barca en la que había venido... Todavía estaba puesta la escalera para bajar.

Pero en el momento en que saltaba a la lancha, fué detenida por unos hombres, quienes la cogieron con cierta brutalidad.

—¡En nombre de la ley queda usted detenida! —dijo uno de aquellos individuos.

María, sin ánimo para responder, rota el alma por la emoción, dejóse caer al fondo de la barca, mientras un temblor desgarrador pasaba por sus labios.

* * *

Aquel barco pertenecía a una partida de contrabandistas. Slim y los otros hombres eran gente al margen de la ley que traficaban con el alcohol. Y aquella noche la policía había realizado una batida, consiguiendo vencer la resistencia de los contrabandistas.

Todos fueron detenidos menos Slim y su antiguo compañero de pelea, quienes protegidos por las sombras nocturnas, consiguieron la libertad.

Cuando María llegó al puerto en compañía de los agentes que la habían detenido, explicó con lágrimas en los ojos su situación. Ella no hacía daño alguno; no era mala... Estaba como alumna en el colegio de Harbor Crest y había cometido la tontería de realizar una escapatoria.

Los agentes le dieron crédito. Su porte, sus

maneras, el terror de sus ojos, todo obraba a su favor. Y la llevaron al internado en vez de meterla en la cárcel como había sido su primera intención.

Con profunda vergüenza, María tuvo que presentarse ante sus profesoras... Lloraba y pedía perdón con ademanes adorable de niña buena que quiere que olviden su momentánea locura.

El agente hizo el relato escueto de lo sucedido, participando que la habían hallado en el barco contrabandista.

La directora, severo ejemplar de rígida moral, puso el grito en el cielo, censurando acremente a su discípula.

—¡Nunca hubiera creído eso de usted, María, nunca!... ¡Ah, es usted un peligro para nuestra Academia!... Pondremos lo sucedido en conocimiento de su madre, para que se la lleve de aquí inmediatamente.

—¡No haga usted eso, por favor! — suplicó aterrorizada —. ¡Déjeme ir y contárselo yo misma!

—¡Imposible! Escribiremos a su mamá. No hay otra solución. ¡Qué horror! ¡Si llegara a saberse que una de nuestras discípulas estaba en relación con una partida de contrabandistas!

—Señora, yo no sabía...

—Ni una palabra más... Si a vuelta de correo no ha venido su madre a recogerla, saldrá usted expulsada de aquí.

Llorando ante la tragedia que se abría a sus pies, María se retiró a su habitación.

En su alma había una doble tristeza: la de su situación y la de ver que el hombre por quien se había interesado, no era el soñado oficial de

marina, sino un contrabandista vulgar, acaso un criminal!... ¡Qué pena tan grande! Y pensar que Slim significaba aún para ella lo mismo: el hombre que la rindió la primera vez con la mirada y, la conversación.

Varios días después, se encontraban en un cabaret de Nueva York, garito de la peor especie, la señora Georgia Morton, madre de María, y varios de sus secuaces.

Porque la señora Morton no era mujer de vida recomendable. Había ido rodando por los vericuetos de la vida galante hasta convertirse en dueña de aquel cabaret donde se expendía alcohol...

Su alegre existencia era el obstáculo que impedía a la madre tener junto a sí a su hija María, interna desde pequeña en un colegio, e ignorante por completo de la existencia depravada de la mujer que le dió la vida.

María era hija de uno de los borrascosos amores de la señora Morton. El padre había muerto en Europa.

La señora Morton estaba en relación con los contrabandistas de la partida de Slim, quienes le proporcionaban el alcohol para el establecimiento.

Aquella tarde la dueña del cabaret se hallaba en una de las habitaciones reservadas hablando con varios traficantes en licores.

Entró un sujeto, quien entregó una carta, diciéndole:

—Esta carta para usted ha estado dos o tres días allí en mi dirección de la Avenida del Parque... Yo he estado fuera de Nueva York y no he podido recogerla hasta hoy.

—¡Ah, bien! — dijo ella, indiferente y guardándose el sobre en el escote —. Y toma, por la molestia.

Puso en sus manos un billete, pero el hombre protestó:

—¿Esto es todo lo que me da usted por venir hasta aquí?

—¡Te doy cinco dólares por cada carta que me traes y aun te parece poco!

—Pues yo ya estoy harto de que mi tienda sirva de dirección falsa para sus cartitas.

—¡Basta! ¡Echadme de aquí a ese granuja! —gritó la señora Morton.

Y varios hombres cogiendo al tendero lo pusieron en cuatro saltos fuera del cabaret.

Disponíase la señora Morton a abrir la carta, cuando recibió la visita de Slim, quien dijo:

—¡Vengo sin aliento! ¡Los guardacostas cayeron sobre "La Gaviota" y se han llevado preso hasta el gato! Los únicos que nos hemos escapado somos "El Botijo" y yo...

—Pero ¿cómo fué eso?

Slim explicó lo ocurrido, agregando que le preocupaba la situación de una chica que había ido a bordo.

Y con el transcurso de aquella conversación, olvidó la señora Morton leer la carta en que la directora del internado le participaba la inmediata expulsión de María del colegio.

* * *

Como en Harbor Crest no se recibiese a vuelta de correo respuesta de la madre de María, la directora juzgó oportuno que la muchacha abandonase el internado.

Y aquel día la joven llegaba a Nueva York, afligida por la expulsión. ¿Qué pensaría su madre?... ¡Su madre, tan virtuosa y tan honrada!, según pensaba ella con ingenuidad.

Dirigióse hacia la dirección de la Avenida del Parque, adonde María enviaba siempre la correspondencia.

Era una tienda de compra-venta de animales.

—Desearía ver a mi madre, la señora Morton — dijo al dueño, que era el hombre que poco antes había sido despedido de forma tan brusca del cabaret.

Un rayo de siniestra alegría brilló en los ojos del tendero.

—La señora Morton no vive en esta casa— dijo—. Aquí es únicamente donde recibe su correspondencia...

—Pues ¿dónde vive mamá?

—Yo la acompañaré a su verdadero domicilio.

—¡Gracias, señor!

—Eso no lo haría por todo el mundo, pero tratándose de su madre, a quien debo tantas consideraciones...

Y poniéndose el sombrero salió con María de la tienda. Al marchar, una cotorra gritó, conociendo el paño:

—¡Adiós, borracho!

Un cuarto de hora después llegaban al cabaret de la señora Morton.

—Pero... ¿aquí vive mi madre?

—Aquí mismo... Es la dueña de todo esto.

—¡Dios mío!

Palpitaba violentamente su corazón, herida por el estupor y la sorpresa... ¡Su madre, a quien ella creía una santa!

El malicioso tendero la hizo entrar, y se presentó ante los ojos de María el espectáculo de un alegre cabaret en pleno jolgorio.

Sus ojos, asustados, fueron de un lado a otro, hasta ver en una de las mesas a su madre riendo y bebiendo champaña en compañía de varios clientes de la casa.

Ahogó una exclamación de horror, pues de repente aparecía ante ella el motivo por el cual mamá la había tenido alejada de su lado.

La señora Morton vió asombrada a su hija y corrió hacia ella con un desespero que la hacía palidecer.

—María... no puedo explicarte ahora... ¡Ven conmigo!... ¡Corre!

Y cogiéndola de la mano la hizo subir la escalera que conducía a sus habitaciones particulares.

Los clientes contemplaron asombrados aquella escena rápida y patética. ¿De qué se trataría?

Ya a solas en la habitación, se abrazaron llorando, como si ambas sufriesen una mutua desgracia.

—¡Mamá... madre mía!

—¡Descubriste mi secreto! Ahora ya sabes que soy una farsante... que tu madre te ha estado mintiendo, que no es la señora rentista que te había dicho...

—¡Pobre madre!

—No te miento si te digo que día tras día he intentado liberarme... dejarlo todo... todo... pero no he podido.

María se enjugó una lágrima, y besando a su

madre con un beso que significaba el otorgamiento del perdón, exclamó:

—Por primera vez, ahora, me comprendo a mí misma... Yo también llevo en la sangre el ansia de lo desconocido... de la aventura... el anhelo de una vida desenfadada...

—No hables así, hija mía... ¡Mañana mismo salimos de este antro! Espérame un momento. Voy abajo a dar unas órdenes.

Salió la señora Morton, volvió al gran salón del cabaret, y dijo a su apoderado, que estaba ante la mesa de juego:

—¡Voy a dejar esto para siempre! ¡Y esta vez en serio!

—Usted bromea...

—¡No! Mi hija me ha descubierto... Liquide el negocio por lo que le den.

Mientras tanto había llegado al cabaret, Slim Shane.

—¿Dónde está el ama? — preguntó a un mayordomo.

—Me parece que está arriba con una chica... ¡Y qué chica!

—Pues, anda... Súbeme una botellita de ginebra, que vamos a celebrarlo.

Y con cuatro saltos se plantó ante la puerta de la habitación de la dueña del cabaret.

Llamó sin lograr contestación.

—¡Vamos, Georgia, abre! ¿Es que ya no conoces mi voz?

Abrióse la puerta, y María, que se hallaba aún sola, apareció en el umbral.

Al verse, los dos lanzaron un grito...

—¡Slim!

—¡Caramba con la niña! — dijo el contra-

bandista, estupefacto —. ¡Este es el último rincón en que yo hubiera soñado encontrarla!

—¿Y usted qué viene a hacer aquí?

—Pues... a pintar abanicos.

Entró riendo, y mirando a María que se mantenía en una actitud triste y digna, continuó:

—La verdad es que me la diste con queso, preciosa...

—¿Yo?

—¡Vaya! ¡Porque, francamente, caí como un cadete por tu camelo de colegiala!

—No creas nada malo de mí, Slim... Vine aquí a ver a mi... a ver a alguien — dijo avergonzándose de la verdad.

—¡Ah, ya lo creo! ¡A ver a alguien! ¡Todas dicen lo mismo!

María se echó a llorar. Y era tan doloroso su llanto, que Slim, que estaba enamorado de ella, se conmovió y la acarició con bondad.

—Quizás te haya juzgado mal, nena... Creo que eres sincera conmigo... No llores... ¡Todavía estoy loco por ti!

Ella no cesaba de sollozar.

—Pero eres demasiado buena chica para andar por una casa como ésta, María... Es preciso que te saque de este ambiente. Dime en secreto quién te trajo aquí.

María no osaba descubrir a su madre, sintiendo una confusión espantosa.

Abrióse la puerta y apareció la señora Morton... Al ver a Slim, hombre de vida al margen de la ley, junto a María, flor de pureza y de dulzura, se estremeció.

Antes de que ella pudiese hablar, Slim la dijo:

—Oye... ¿A quién se le ha ocurrido traer a esta chica?

—¡Sal de aquí! — respondióle con energía y avanzando hacia su hija pronta a defenderla del contacto de aquel contrabandista.

—¡Contéstame lo que te he preguntado!

—¡Te he dicho que salgas! ¡Tú no puedes ni acercarte a ella!

—Y tú sí, ¿eh?

—¡Miserable!

—¡Por favor!... ¡Es... es... mi madre! — suplicó María.

—¿Tu madre? — dijo Slim, mientras las dos mujeres bajaban la cabeza, abatidas ante la realidad.

Y acercándose más a la dueña del cabaret, añadió:

—Georgia... Haría cualquier cosa por María... La tengo metida aquí... ¿lo oyes?... ¡La quiero de veras!

—¡Vete, Slim!... ¡Hazlo por mí!—dijo María, viendo el llanto que se había apoderado de la madre.

Slim obedeció, y madre e hija quedaron algún tiempo en silencio, sumidas en dolorosos pensamientos.

La señora Morton protestaba interiormente contra el destino que ponía a Slim, un hombre bajo, un contrabandista, junto a aquel ángel dulce, a aquella virgen que olía a azahar.

—¿En dónde conociste a ese hombre, María?

—Es, sin querer, la causa de mi desgracia. Le conocí en la playa. Por haber ido a un barco, me han expulsado del colegio. Por eso estoy aquí.

Mamá, ¿no has recibido una carta de la directora?

—¿Una carta?

Y sacando de su escote la carta, la madre leyó la relación de aquella dolorosa aventura, que terminaba con la expulsión de María.

No la riñó, no protestó contra su niñita. Pero lloraba amargamente al ver que Slim amaba a la hija de su corazón.

—Pero tú no le quieres, ¿verdad que no?— dijo.

Le dolía que una muchacha tan pura como aquella colegiala de alma blanca, entregase las primicias de su vida a un aventurero como Slim.

—¡Le quiero, mamá, le quiero!

—Su vida no es digna... Es un contrabandista... Si supieras de él...

—No me digas más. ¡Le quiero!... ¡Esta es mi razón!

Y siguió llorando en los brazos de su madre, repitiendo aquel "le quiero" que parecía ser la razón de su rebeldía, contra la cual nada podrían los consejos ni las advertencias.

* * *

Al día siguiente, cuando la señora Morton entró en la habitación de su hija con el desayuno, dijo acercándose a la cama:

—¡Despierta, nenita!

Su sorpresa fué dolorosa, incomparable, al ver que el lecho estaba vacío. ¿Dónde se hallaba su niñita?

Una carta puesta en la mesita de noche le dió la razón. El sobre decía así:

Para mamá.

Lo abrió y leyó lo siguiente:

¡Adiós, mamá!... Me voy a vivir con Slim... Le adoro... No me importa lo que sea ni lo que haya sido.

Le quiero con toda mi alma, y todo lo demás no tiene importancia.

María.

Arrugó aquella carta y lloró desesperadamente su derrota. Slim era un hombre indigno... y, sin embargo, María se iba a vivir con él; María, lo único puro y encantador que había en la vida agitada de la madre.

¡Ah, cómo odiaba a aquel hombre, a aquel rufián contrabandista y ladrón que había embrujado el alma y la vida de María!

Una hora antes, apenas hubo salido el sol, María llegó a casa de Slim.

Amaba a ese hombre, aunque fuera el ser más indigno de la tierra. Además, ¿qué importaba ya todo? Su madre era una cualquiera, y ¿viviendo a su lado, no se mancharía también?

—¡María! ¿Tú... aquí? — le dijo Slim con honda sorpresa.

—Tenía que venir, Slim... No podía remediarlo...

—¿Y has venido para quedarte, chiquilla? — le dijo atrayéndola hacia él con profundo amor.

—Para decirte adiós para siempre... o para quedarme a tu lado... si lo quieres.

—¡Oh, siempre te he querido, María!... ¡Siempre te querré!

Y le dió un beso y desde aquel momento sus vidas quedaron selladas en el mismo destino.

¿Qué más daba el mundo entero? Se amaban...

Nada importaba ya... Y como ella le pidiera que dejase la vida de contrabandista, Slim juró hacerlo y procurarse en lo sucesivo un trabajo de honradez.

* * *

Pasaron varios meses... Los dos jóvenes, que se habían casado, vivían en uno de los barrios humildes de la ciudad.

Habían gastado los últimos ahorros. María trabajaba en casa, y Slim buscaba en vano una honrosa ocupación.

Habían roto todas sus relaciones con la gente del cabaret.

Y, entretanto, la señora Morton continuaba al frente de su establecimiento con el alma amargada por lo sucedido, creyendo que Slim, hombre de pocos escrúpulos, sería la desgracia de María.

—¿Cómo andan Slim y María? — preguntó un día a su apoderado —. ¿Sabe si se han casado?

—Slim no es de los que se casan...

—No puede usted figurarse lo que me duele ver a mi hija desperdiciando su vida con ese...

Y seguían transcurriendo los días sin que Slim encontrara colocación. Y los recursos iban agotándose.

—Hoy vienen muy buenos empleos en el periódico, Slim — le dijo María una mañana.

—También los había en el de ayer y no conseguí ninguno.

—¿Qué desgracia!

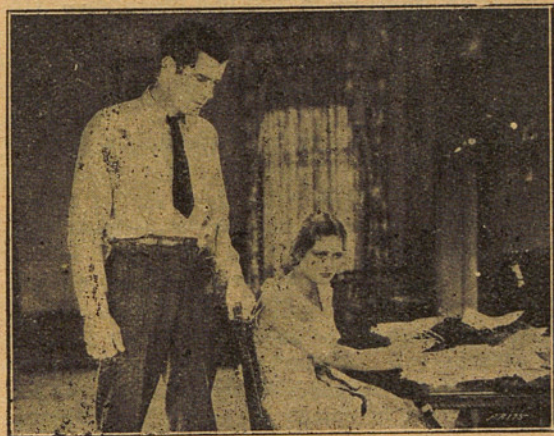
—No te apures, mujercita — le dijo con los ojos resplandecientes —. Yo sé cómo ganarme la vida...

Cogió un revólver y se dispuso a salir. Ella

corrió hacia su marido, y adivinando que él quería lanzarse otra vez a la mala vida, le gritó:

—¡No, Slim! ¡Ya sé lo que quieres decir!... ¡Eso, no!

—No seas tonta, mujer... ¡Si no voy a hacer nada!



—Hoy vienen muy buenos empleos en el periódico...

—¡Ven aquí, Slim!... No te vayas... que tengo que decirte algo. Slim, si tuviéramos...

Y llena de rubor murmuró algo a su oído.

—¿De veras? — exclamó él, emocionado.

—¡Sí, Slim... Y tú querrás que tu mujercita esté orgullosa de su maridito, ¿no?

—¡Sí, nenita! — exclamó él sintiéndose inundado de felicidad por la dulce confidencia —.

Quiero que estés orgullosa de mí, y te prometo que voy a conseguir un empleo... sea como sea.

—Así te quiero ver siempre: animoso.

En el momento en que iba a salir, entraron dos hombres, antiguos compañeros de la partida de contrabandistas.

—¡Hola, Slim! — le dijo uno de ellos —. Hemos venido a buscarte porque tenemos un trabajo fácil para ti.

—Ya no quiero más trabajo de esa clase, Jabeque...

—¡Pero si esta vez se trata de un trabajo honrado y decente, Slim!

—¡Ah, en ese caso!

Y dejándose convencer por sus amigos, salió de allí después de aplacar los temores de su mujer, que, sin saber por qué, adivinaba un peligro oculto.

Apenas se encontró en la calle, unos policías se echaron sobre Slim y le maniataron.

—Por fin te hemos encontrado, pájaro... Vas a seguirnos a la delegación — dijo un agente.

Jabeque y su camarada habían desaparecido más que de prisa. Slim tembló de indignación. Sus antiguos compañeros le habían traicionado entregándole a la policía.

Y después de prestar declaración ante el juez, quien le comunicó su procesamiento por complicidad en el contrabando de "La Gaviota", Slim fué autorizado para telefonear a su mujer desde la misma prisión.

—El Jabeque me ha tendido un lazo para que me metieran en la cárcel, amor mío...

—¡Slim!...

—No te apenes... Creo que saldré pronto de aquí.

No le permitieron conversar más... Y María, consternada, temblorosa, tomó la determinación de ir a ver a su madre.

La señora Morton estrechó contra su corazón a aquella hija tan adorada y la observó con inquietud.

—Mamá, necesito que me ayudes... ¡Se trata de Slim!

—¿Pues qué ha ocurrido? — dijo alegando ignorancia.

—Le han detenido... Pero sé que es una mala partida que le han jugado. Así me lo ha dicho Slim.

Sonrió la señora Morton y dijo:

—¡Es claro! ¿Qué quieres que te diga él, hija mía? Pero yo le conozco y sé los puntos que calza. ¡Es un mal hombre!

—Te digo, mamá, que Slim es inocente... ¡Lo sé!

Apareció en aquel momento el Jabeque, quien mirando a la señora Morton, le dijo satisfecho:

—Bueno... Ya no tienes que preocuparte por Slim. Le hemos echado la llave.

—¡Chist!... ¡Espérame abajo! ¡Silencio!—exclamó en voz débil.

Pero apenas hubo desaparecido aquel hombre, María se arrojó como una leona contra su madre.

—¿De modo que tú... tú... eres la autora de todo esto?

—¡Pobre María! Perdóname, pero lo he hecho por tu bien... Slim está perseguido por la policía... el mejor día iba a volver a las anda-

das... Era preciso que yo te separase de él, de ese hombre que te ha robado la honra... y por eso le he mandado detener.

—¡Calla... calla! ¿No ves que causas su ruina, madre?

—¿Y tú no ves, desgraciada, que él te la causa a ti? ¡Vivir una muchacha soltera con un hombre!

—¡Oyeme bien, mamá!... Slim es mi marido, mi esposo legítimo, ¿comprendes?

La señora Morton palideció.

—Pero, ¿de veras te casaste con él? Yo no sabía...

—¡Sí, es mi marido!... Y al enviar a la cárcel a Slim, no me haces daño a mí solamente... ¡Mi... mi hijo, el hijo que llevo en las entrañas, lo sufrirá también!... ¡Te odio!... ¡Te aborrezco!...

La madre dejóse caer, apenada, en un sillón.

—¡Si yo hubiese sabido eso... si lo hubiese sabido! Pensé que vivías amoralmente con ese hombre... y tuve miedo de que te hundieras en el lodo... Pero todo lo que he hecho ha sido creyendo hacerte un bien.

—¡No quiero saber nada de ti!... Me has quitado a mi marido... has hecho desgraciado a mi hijito... ¡Te odio!

Y salió con profunda desesperación, mientras la señora Morton se echaba a llorar sin consuelo.

* * *

Al día siguiente, comprendiendo que era preciso reparar el daño que erróneamente había cometido, la señora Morton se dirigió a ver a

Jack Rosemberg, uno de los abogados más famosos e influyentes de Nueva York.

Le enteró en pocas palabras de lo ocurrido, y le dijo:

—¿Cuánto me llevaría por defenderle, Jack?

—Diez mil dólares... todo incluido.

—¡En mi vida podría pagar esa atrocidad!

—Pues esa atrocidad es la que hay que pagar si alguien quiere utilizar los servicios de Jack Rosemberg, amiga mía.

Meditó la señora Morton y dijo:

—Tengo una póliza de seguro... que está ya para expirar... Tal vez eso...

—Necesito una garantía, ¿comprende?

—Sí, sí. Procuraré dársela.

Y se despidió de él con profunda preocupación...

¡Pobre Slim! ¡Qué mala había sido ella con ese muchacho!... Era honrado, había dado un nombre a su hija, no era el rufián que roba el amor para abandonarlo después, como creyó primero.

¿Cómo reparar el daño hecho?

Entretanto, María había ido a la cárcel a visitar a su esposo, y éste le decía:

—El único que podría sacarme de aquí, es Jack Rosemberg. Ve a verle y convéncele para que me defienda y para que me fíe sus honorarios.

—Voy ahora mismo, Slim.

Y hacia casa del abogado encaminó sus pasos.

Mientras, la señora Morton, dispuesta a todo para devolver la felicidad a su hija, se encontraba en su casa y leía febrilmente su póliza de seguro:

Póliza a favor de Georgia Morton por la suma de 10.000 dólares, pagaderos a su muerte.

Una idea trágica pasó por su imaginación... ¿Por qué no hacerlo? ¿Qué importaba la vida con tal de volver a dar a María la arrebatada felicidad?

Estaba decidida, y con una admirable serenidad telefoneó al abogado.

—Voy a traspasar mi póliza de seguro a favor de usted—le dijo—. La garantía del pago estará en sus manos dentro de unas horas.

—Conforme, Georgia... Puede contar conmigo... Pero no vaya a hacer ninguna tontería, ¿eh?

—¡Oh, no!

Momentos después, entró en el despacho del abogado una señora.

—Soy María, la señora de Slim Shane—dijo.

—Precisamente me acaba de telefonear su madre diciéndome que ella se encarga de pagarme para defender a su marido.

—¡Pobre mamá mía!

—No quisiera alarmarla a usted, pero habló de una póliza de seguro y...

—¿Qué quiere decir?

—Temo que su madre haya cometido alguna tontería. Le aconsejaría fuese inmediatamente a su lado.

María salió como un cohete... Y al llegar al cabaret un espectáculo doloroso se presentó ante sus ojos.

La señora Morton, su madre, acababa de dispararse un tiro. Estaba sentada en un sillón y agonizaba.

Aquella heroica mujer se había quitado la

vida para que el abogado cobrase la defensa de Slim...

—¡Mamá, mamá!—exclamó ella corriendo a sus brazos.

La sacrificada abrió los ojos, ya vidriosos, y dijo con voz entrecortada y débil:

—Mañana tendrás el dinero para el abogado... Me equivoqué, hija mía... ¡Que seáis muy felices!

—Pero, mamita... tú debes vivir.

—No, no; siento que me muero... Adiós... Todo lo que he hecho siempre... ha sido por ti...

Dobló la cabeza. De sus labios se escapó el último aliento.

—¡Madre mía!

Tuvieron que apartarla de allí, mientras gemía desconsoladamente, pues ante el sacrificio de la madre la perdonaba todos sus errores.

El apoderado del cabaret comentó tristemente:

—Yo sospeché algo... cuando hace poco me dijo que transfería su póliza de seguro al abogado ese.

—¡Qué inmenso sacrificio el de mamá!

—Y, sin embargo, perfectamente inútil—dijo su apoderado—. ¡Pobre mujer! Ella no sabía que en la póliza hay una cláusula que descarta el suicidio.

María no pudo aguantar aquella nueva emoción. Desvaneciéndose, creyó morir también.

* * *

Pasó el tiempo... Y sin una buena defensa, sin la influencia de Jack Rosenberg, Slim Shane fue condenado a dos años de reclusión.

Y María aguardó pacientemente. Se puso al

frente del cabaret... Era necesario vivir para ella... y por su hijita.

Era una flor que vivía en el hampa, pero se conservaba pura, sin que hombre alguno hubiese logrado de ella ningún favor.



Era una flor que vivía en el hampa...

Y una noche, uno de los clientes, que conocía la historia, se acercó a ella y, pretendiendo abrazarla, le dijo:

—¿Por qué estás esperando a ese hombre que no ha de volver nunca?

Un puño se incrustó en el rostro del galanteador. Ante él estaba Slim, que, libre ya de la prisión, indultado del resto de la pena, iba a reunirse con su mujer.

—¡Slim... adorado mío!...—gritó la antigua colegiala.

Se fundieron los dos en un abrazo estrecho, fervoroso, mientras toda la gente del cabaret que conocía la triste historia, aplaudía hasta romperse las manos.

Y aquel matrimonio, a quien nada del mundo podría separar, dirigióse a las habitaciones del primer piso para ver a la niña, que había nacido mientras el padre estaba en prisión.

Y aquella noche fué para los esposos una verdadera noche de amor, en que se propusieron para siempre cerrar el negocio del cabaret y vivir en otro lado del mundo la senda espinosa, pero llena de dulces remansos, de la honradez. Y tuvieron un recuerdo para la madre, que en holocausto de reparación entregó su vida por ellos.

F I N

Acaba de aparecer,

en las selectas Ediciones Especiales
de **La Novela Semanal Cinematográfica**

La mujer ligera

Formidable asunto interpretado por

Greta Garbo, John Gilbert
Lewis Stone, Dorothy Sebastián; etc.

Precio: 1 peseta

El viernes próximo, en

La Novela de la Modistilla

el número extraordinario,
con motivo de la festivi-
dad de la patrona de las
modistillas

El milagro de Santa Lucía

Intenso asunto dramático,
original e inédito de

Francisco-Mario Bistagne

10 ilustraciones en el texto - 64 páginas

50 céntimos

Recuerde usted este título:

De vendedora de periódicos a estrella de cine

De interés para todos, especialmente para los padres

Ediciones BISTAGNE

ha puesto a la venta una nueva publicación semanal dedicada a los niños, pero que los propios padres leerán con deleite, cuyo título es:

El Cuento Selecto

Su precio es de 15 céntimos

y todos los asuntos que se publiquen tendrán un alto valor educativo.

Inmejorable presentación

¡El mejor cuento del hogar!

¡15 céntimos!